

1/9/570



EL ANTEOJO MÁGICO <sup>1</sup> XLIX  
B-130

Ó

LA VISION DE LOS DOS PALACIOS EN EL BOSQUE:

ALEGORÍA

*profético-discriptiva de la actual  
situacion de España,*

POR

*D. J. A. R.*

OVIEDO:

EN LA OFICINA DE D. FRANCISCO CÁNDIDO PEREZ PRIETO,  
IMPRESOR DEL PRINCIPADO.

AÑO DE MDCCCXX.

EL ANTEJO MÁGICO

O

LA VISION DE LOS DOS PALACIOS EN EL BOSQUE

ALEGORIA

profético-descriptiva de la actual  
situacion de España,

por

D. J. A. R.



OVIEDO:

EN LA OFICINA DE D. FRANCISCO CÁNDIDO PÉREZ PRIETO

IMPRESOR DEL PRINCIPADO.

AÑO DE MDCCXX.

**L**os portentosos sucesos que acabamos de experimentar en estos dias de la gloria llenaron mi alma de un gozo inexplicable. Mi humor propenso á la melancolía, excitado con las calamidades á que una arbitrariedad cruel habia reducido á mi patria en estos seis últimos años de despotismo, me condujo á una casi desesperada misantropía. Huyendo del bullicio de las grandes poblaciones me retiré á esta pequeña aldea, en donde negado á toda sociedad lloraba sin testigos la esclavitud de la nacion, soportando esta penosa vida con la lectura de algunos pocos libros que pude preservar del furor de una política musulmana ¡ó libros santos! ¡Vosotros fuisteis los compañeros de mi soledad! ¡Vosotros alimentasteis en mi pecho el sagrado fuego del patriotismo; pero el mismo dichoso dia que á

este triste abrigo de mi destierro llegó la plausible noticia de la gloriosa restauracion de la Constitucion política de la monarquía española, abolida por sus enemigos el dia 4 de mayo de 1814, he vuelto á recobrar mi antiguo humor, y desde entonces desapareció la negra hipocondría que me habia poseido: sin embargo en medio de las lisongeras ideas que mi imaginacion habia sustituido á las que hasta entonces me ocuparon, el temor de que la tiranía volviese á aprisionar á la nacion con las duras cadenas de una servidumbre mas horrorosa que la misma muerte, me asaltaba á veces, remembrándome los mas funestos sucesos que acaecieron en estos seis últimos años de opresion: entonces como si hubiese de ser inmortal, se apoderaba de mi alma una vivísima curiosidad de saber cual sería en lo futuro la suerte de la amada patria.

Un dia, pues, que á las orillas del mar, mi ordinario paseo, estaba mas embebido en aquellas consideraciones ¡qué horror! Veo que un enorme peñasco sobre el cual tenía yo apoyado el baston súbitamente se mueve como si le desencajáran de su asiento, abriéndose con un ruido tan espantoso, que á no animarme

una voz que apaciblemente me dixo no temas, hubiera caído sin sentido. En esto se me acerca un venerable anciano vestido á la española antigua: en todo denotaba ser persona de calidad: traía largo y tendido el cabello, barba poblada y crecida, y sobre el pecho cruzaba una banda roja, antigua divisa de la grandeza castellana. Soy, me dixo, D. Enrique de Villena; el cielo premia tu constancia; toma, alargándome un precioso antejo, mira y sabrás lo que deseas, con lo que desapareció. Quedé por mucho tiempo absorto é inmóvil; pero recobrado del asombro que me habia causado una vision tan extraordinaria, dixé para mi ¿no fué este D. Enrique de Villena, aquel famoso sábio á quien el vulgo ignorante tuvo por el mayor nigromántico de su tiempo? ¡pero este antejo! ¡Válgame Dios! ¡Si el fatal don! mas ¿qué dudo? Entonces se me aviva la curiosidad, le doy mil vueltas, observo sus cristales, y por último colocando los cañones en el debido lugar, le encaro, sin objeto determinado, por esos aires: por ese indefinido caos en que se engolfa y se pierde la imaginacion del hombre. ¡Pero qué asombro! El portentoso espejo me condujo á



una deliciosa floresta circundada de árboles frondosísimos, frutales de todas especies, fecundos y maravillosos emparrados, todos dispuestos con la mas elegante simetría, y con la particularidad de manifestar á un tiempo lo mas delicioso y abundante de las tres estaciones. Yo habia imaginado que veía los celebrados campos eliseos que acá en el mundo creiamos fabulosos fingidos por los antiguos griegos para excitar á sus compatriotas al ejercicio de las virtudes heróicas.

En el medio de este delicioso sitio estaban dos suntuosísimos palacios adornados de magníficas galerías y balconages, los cuales en su espacio formaban una plazuela de mucha capacidad, en cuyo centro habia un soberbio monumento adornado de cuanto puede inventar la mas sublime arquitectura: todo era allí suntuoso y grande. En las balaustradas, obeliscos, y pirámides que le circuian estaban grabados mil geroglíficos alusivos á las victorias de una nacion gloriosa; y representadas por medio de emblemas y figuras todas sus provincias. De el centro de este magnífico monumento salia una columna elevadísima, sobre cuya cuspide se veía una matrona ve-



nerable con traje heróico recamado de oro y púrpura, salpicado á trechos de castillos, leones, barras, granadas y otros blasones. En medio de ser su aspecto grave y magestuoso se le notaba un aire melancólico que indicaba estar su alma poseída de algun dolor: tenía cruzadas las manos sobre el pecho, y la cabeza inclinada como en aptitud de meditar profundamente. Un uracán impetuoso, aunque interrumpido por algunos momentos de serenidad, amenazaba el precipicio de la colosal estatua, balanceándola con tan undulosos vaivenes, que su caída sería inevitable á no sostenerla con sus hombros un grupo de varones esforzados que vigilaban su conservacion. Allí los Argüelles, Torenos, Vegas, García-Herreros, Alvarez Guerra, Cangas, Calatravas, Romanillos, y otros ínclitos padres de la patria con brazos robustos y fortaleza casi divina, la preservaban de la impetuosidad de los vientos, manteniéndola tan inmóvil como la soberbia y elevada pirámide en medio de los inmensos arenales de Egipto.

Ambos palacios se entraban por magníficas portadas sobre quienes en lápidas de cincelado de agatas, amatistos, esmeraldas y otras

preciosas piedras se habian esculpido con letras de oro purísimo estos dos rótulos: en el uno se leía *Constitucion, libertad, patriotismo, sabiduría*; y en el otro *despotismo, esclavitud, ignorancia, fanatismo*. Permítaseme hacer aquí una pequeña digresion. Hasta entonces no habia percibido yo todas las virtudes de mi antejo: él no solamente representaba á mis ojos con la mayor propiedad los objetos indicados, sino que tambien me hacia dueño de la facultad de oír. El palacio de la *Constitucion* estaba ocupado por una multitud de gente regocijada, que al compas de muchos instrumentos músicos entonaba canciones al patriotismo, alternando sus intermedios con festivos vivas á la *Constitucion*, arrojando por los balcones y galerías targetas, poesías, y folletos alusivos á aquel plausible y celebrado acto. En esto veo salir de allí un excelso jóven adornado de reales insignias, y vestido á la antigua usanza castellana: llevaba sobre los hombros un riquísimo manto de púrpura, corona real en la cabeza, cetro en la mano derecha, y en la izquierda un libro preciosamente encuadernado, cubierto de terciopelo carmesí guarneci-

do con planchas de oro, con broches engastados en diamantes, rubíes, y záfiro: estaba escrito con caractéres góticos, y en su portada se leía este título *Constitucion política de la monarquía española.*

Fué recibido á la puerta del suntuoso palacio por cinco héroes cuyos rostros despedían rayos mas luminosos que el sol. El primero, jóven animoso, vestido de todas armas tremolaba una bandera, en cuyo centro se veían las armas de Toledo su patria; y sobre el brillante escudo de acero finísimo con que cubria el brazo izquierdo estaban grabadas estas palabras. *Yo soy D. Juan de Padilla, general de los exércitos comuneros de Castilla: intenté redimir á mi patria de la tiranía y fué víctima de la guerra civil.*

Llevaban la falda del regio manto dos varones venerables con trage guerrero á la usanza de sus respectivas edades. En el resplandeciente yelmo del de la derecha, se leía este rótulo, *soy el celebrado Asturiano Bernardo del Carpio: la gloria de mis hazañas durará tanto como el mundo. Defendiendo mi nacion de la dominacion extrangera, se desatendieron mis servicios, y no logré la libertad de mi an-*

*ciano padre. Aunque nací príncipe de la estirpe goda fui perseguido por los viles cortesanos : serví siempre con lealtad á mi patria, á quien intenté redimir de la opresion y despotismo. El de la izquierda llevaba este otro mote; el Cid soy Rodrigo de Vibar, ilustre defensor de los derechos de la nacion y del trono: libré á mi patria del ignominioso tributo, que con vano título de religion intentaba imponerla el fanatismo y prepotencia del sacro romano imperio: prófugo de ella fui perseguido por los malsines cortesanos, que rodeaban el trono de mi rey. Guardaban la persona del príncipe los generales Porlier y Lácy, vestidos con uniforme de gran gala: llevaban coronas de laurel entrelazadas de mirto, olivo y grama: con una mano sostenían la corona del príncipe para que no se le cayese de la cabeza, y con la otra le presentaban ramos de cedro, que entretegido de rosas y otras flores, ceñía un círculo de oro, símbolo de la inmortalidad.*

*Rodeaban las gradas del magestuoso monumento otros varones de aspecto del propio modo luminoso; moradores de aquella region en donde el héroe recibe el premio que le es debido: cada uno de ellos llevaba en caracté-*

res bien inteligibles un rótulo que manifestaba las virtudes cívicas que habia exercido en el mundo. Allí estaban los esforzados Brabo y Maldonado, Juan Lorenzo autor del alzamiento de Valencia, el elocuente Gerónimo Gorolla y Manuel Estelles, el conde de Salvatierra y Gonzalo de Baraona, Juan Crispin y otros muchos héroes, que murieron víctimas consagradas á la libertad de la madre patria. Rodeaba toda la plazuela un pequeño ejército de valientes, no ya resueltos á resistir con las aterradoras armas el orgullo é insensatez de los tiranos, sino á celebrar la libertad de la nación y la gloria de su monarca. Todos ceñían las sienes con coronas de laurel y encina, y en sus banderas, trayendo por divisa el Castillo y el Leon de España se leía este rótulo *por la Religion, la Constitución, la Nación y el Rey*. Al frente de estas bravas tropas estaban los generales Quiroga, Riego, Arco Agüero, Odalyñ, y Lopez de Baños: su aire marcial, y no se qué de divino que constituye la cualidad de héroe, les hacía sobresalir de entre aquella gentil tropa á la manera que la bizarra palma descuella sobre los demas árboles de la selva umbrosa. Una

águila de extraordinario grandor por tres ve-  
 ces rodeó aquellos valientes batallones, y po-  
 niéndose blandamente sobre la cabeza del in-  
 mortal Riego, batió sus alas, como dándole  
 el parabien por sus gloriosas hazañas: desde  
 allí voló ácia el magnífico monumento, y exe-  
 cutando lo mismo con la venerable matrona,  
 á quien acarició con manso arrullo al modo  
 que lo hace el pabonado palomo con la cán-  
 dida hembra, con rápido vuelo se remontó á  
 las regiones del viento, desapareciendo á la  
 vista de los que miraban absortos tan porten-  
 toso espectáculo.

Con tan glorioso acompañamiento, y paso  
 mesurado, y amable y magestuoso semblante  
 llega el excelso jóven delante de la venera-  
 ble matrona; y sobre el ara que á los pies  
 de una preciosa imagen del crucificado colo-  
 có el genio protector de la nación, y pone el  
 Sagrado código de las leyes fundamentales  
 de la monarquía española. Un respetable va-  
 ron adornado con vestiduras pontificias, y  
 rodeado del resplandor de la cerca al religioso  
 príncipe. En la mitra con que cubría la  
 cabeza traía una lámina de oro, y en ella  
 esculpido este rótulo soy *D. Antonio de Acu-*

*ña, Obispo de Zamora : sin ser infiel á mi Rey, protegí el alzamiento de los Comuneros para redimir á mi patria de la tiranía, con que la oprimian los Sátrapas del Gobierno: Uno de sus mas fieros y sacrílegos ministros sacrificó mi vida á su venganza. Llevaba en las manos un libro del cual salian rayos mas resplandecientes que el Sol: sobre su cubierta se leía este epígrafe. Si quieres salvarte guardando los mandamientos, y observa la ley evangélica que he sellado con mi propia sangre.* El respetable pontífice presenta al jóven monarca el Sagrado libro; y entonces éste poniendo sobre él ambas manos jura conservar y defender la religion católica, sin permitir otra alguna en el reyno, guardar y hacer guardar las leyes fundamentales de la monarquía, segun se contienen en el sábio código instituido por la nacion reunida en Cortes en el año de 1812. Concluyendo este religioso acto con poner en un turibulo que ardía á los pies de aquella divina imagen varios granos de preciada mirra y otros fragantes aromas. Entonces subieron de punto las aclamaciones y loores de aquella exaltada y alegre

juventud, resonando por el delicioso valle sus festivos vivas mezclados con el sonoro acento de las músicas militares. Hasta el Cielo parece que quiso mezclarse en este júbilo de la tierra confirmando su aprobacion con prodigios; pues el Sol detenido en medio de su carrera todo el tiempo que duró el solemne acto, se manifestó muchísimo mas resplandeciente que otras veces, y por los ayres se vieron girar muchos genios alados con coronas de laurel y ramos de palma.

En el palacio del *despotismo*, al contrario del otro, no reynaba sino el furor, la venganza, la rabia y la desesperacion. Estaba ocupado de gentes de otro trage y aspecto diferente de las otras. No se veían allí mas que divisas de varias instituciones erigidas por la preocupacion; esclavos miserables marcados con el hierro de una servidumbre ignominiosa, de cuyos grillos sacaban partido para vivir en la opulencia, y para apriisionar á otros infelices con mas duras cadenas; magnates llenos de orgullo y vanidad, fieles mantenedores del despotismo sin lo que vendrían á tierra los eminentes puestos, á que los elevó la supercheria y adulacion; gentes



supersticiosas que juzgan que la Santa religion que profesa la nacion española no puede subsistir sino ligada al yugo tiránico de un Gobierno déspota y arbitrario ; malos ministros de esta misma Santa religion , para quienes el provecho de un interés personal es preferible al bien de la Iglesia de Jesucristo y á la felicidad de la patria.

Era grande la agitacion que allí se notaba , muchos los planes que se formaban para trastornar el órden adoptado. Uno proponía la introduccion de tropas extranjeras en el reyno ; otro el de echarse sobre la capital, apoderandose de la sagrada persona del príncipe para sacrificarla á su venganza ; otro el de la guerra civil, de una guerra que asolarase las provincias, reduciendo la poblacion del reyno á un puñado de miserables que tirasen el triunfante carro del despotismo.

No cesaban de entrar y salir de aquel abominable edificio unos entes que solo tenian de comun con los demas hombres la figura ; otro trage, otro gobierno, otras costumbres y aun otros vicios. Viviendo en medio de los demas y aun mezclandose en sus cosas hacían comunidad aparte, formando una república

mas soberana que la de los Solipsos: ellos podian introducirse en el gobierno de los reynos, de los pueblos, y de las casas; en el suyo nadie. Estos esbirros estaban encargados de alterar las provincias, seducir á los incautos, alarmar á los ilusos, y llevar al cabo los criminales fines de la *Santa* alianza. Sobre sus hombros conducían al palacio del despotismo robustas talegas, á la manera que las ásperas avispas regresan á su avispero cargadas con los dulces panales que robaron á las laboriosas abejas. Todo era allí desorden y confusion: el ruido que hacían era como el de una casa de moneda, solo á veces en contraposicion á los festivos vivas con que el palacio de la libertad solemnizaba su contento, se oian estas destempladas voces; viva el egoismo, reyne sobre la tierra la ignorancia, muera, muera la *Constitucion*, acompañando estas horrendas blasfemias con arrojar por los balcones y galerías muchas monedas de oro, que sacandolas aquellos furiosos de un gran bolsón que traían colgado al cuello, creían que al tocar el pavimento de la plazuela se convertirían en soldados armados como las piedras en hom-

bres en el diluvio de Deucalion; pero ¡oh providencia infinita del Ser-Supremo! El genio protector de la nación corre presuroso, vuela á las provincias, á las ciudades, y á los mas retirados pueblos, y apoderandose como por encanto de los pechos españoles los abrasa en el santo fuego del patriotismo, cerrandoles los oídos para que no percibiesen los alhagüenos silvos de los Cocodrilos, que con la sangre de sus conciudadanos pensaban restablecer el derrotado despotismo, y con él sus fortunas y autoridad.

En aquel momento el genio del error huye despavorido del suelo español; se aleja para siempre de esta feliz region en que por el espacio de cuatro siglos estableció su imperio; y á su salida entran de tropel la ilustracion, la sabiduría, la libertad civil, la fraternidad, la concordia, y las demas virtudes cívicas que andaban prófugas y desterradas. En esto ¡que asombro! Un espantoso ruido subterráneo parece que anunciaba el acabamiento del mundo: tembló la tierra, sacudiendose con impetuosos y violentos vaivenes; y como si rehusára recibir en su seno el abominable templo erigido por la maldad de

los hombres á la tiranía , temerosa de que sus infames ministros intentasen restablecerla en las lóbregas cavernas del reyno de Pluton, se resistia á desunirse hasta que una voz terrible imperiosamente la dixo *deposita en tus entrañas esa caterva de tiranos que tantos males ha causado á la humanidad* ; y en aquel momento abriendo una horrible y espantosa sima se tragó el criminal palacio , desapareciendo con él para siempre la opresion , la arbitrariedad , el fanatismo , la ignorancia y los vicios que les son inherentes.

Entonces ví á la venerable matrona con semblante risueño levantar al Cielo sus ojos, como para tributarle el homenaje debido á su proteccion : ví tambien que sublimado el virtuoso príncipe al trono de *Recaredo*, erigido en un magnífico y espacioso salon, ocupado por dignos ciudadanos sucesores de los Argüelles, Vegas, Torenos, Cangas, Vazquez, García-Herreros, Calatravas, Martinez de la Rosa, Antillones, Romanillos, y otros claros varones que á costa de mil afanes y persecuciones restablecieron la antigua gloria de esta nacion heróica, y rodeado de sábios gobernaba sus pueblos con equidad y

justicia, restableciendo las artes y el comercio, y dando impulso á todos los medios capaces de hacer dichosa á una nacion. Ví las ciencias en el mas alto grado de esplendor dejar muy atras la cultura que recibieron en el siglo XVI; la agricultura en el estado mas floreciente; cubiertas de ganados las campiñas; las ciudades entregadas antes á la ociosidad y el deleite, ocupadas ahora en el trabajo sosteniendo fábricas útiles y otros establecimientos públicos de industria y beneficencia; los puertos llenos de navíos que dilatan el nombre español hasta las últimas extremidades de la tierra; y todos los pueblos abastados y gobernados por leyes sábias. Ví por último que el venturoso monarca colmado de gloria habiendo terminado la larga carrera de dias que los hados le tienen señalada fué arrebatado al Cielo, á donde por premio de sus virtudes le fué concedido, que con el transcurso del tiempo su nombre sea celebrado por los mayores ingenios de la ilustrada España; y que apareciendo en la celeste bóveda una estrella, mas resplandeciente que Sirio, al presente desconocida, los astrónomos venideros en su honor la pon-

gan el nombre de **FERNANDO**.  
 Asombrado de tantos y maravillosos prodigios aparté de mis ojos el encantador antejo, por contemplar con el mas gozoso arrebatamiento las venturosas prosperidades que el Cielo tiene decretadas á mi patria; pero ¡oh curiosidad insaciable del hombre! Desagradecido á las mercedes con que la sabia providencia acababa de premiar mis santos deseos, y pretendiendo neciamente escudriñar sus adorables juicios previendo los mas remotos sucesos de lo futuro, aplicó á mis ojos nuevamente el mágico cristal; busco el sitio en que poco antes habia presenciado tantas maravillas; le dirijo á todos los rumbos de la atmósfera; y no topando en todas partes sino tinieblas conocí que el portentoso vidrio habia ya perdido la virtud. =





